

Históricas Digital

María José García Quintana

“Prólogo a la segunda edición”

p. V-XIV

Vida económica de Tenochtitlan. I. Pochtecatoytl (arte de traficar)

Ángel María Garibay (versión, introducción, apéndices y paleografía)

María José García Quintana (prólogo a la segunda edición)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1995

188 p.

(Cultura Náhuatl. Fuentes 3)

ISBN 968-36-4295-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/058a/vida_tenochtitlan.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Ninguna duda cabe acerca del peso e importancia que tuvo en el México prehispánico el tráfico a largas distancias, tanto de materias primas como de productos elaborados. Las crónicas coloniales hablan de la existencia, desde el siglo XV, de un intenso intercambio de variados artículos a través del territorio mesoamericano, pero la arqueología proporciona evidencias de que este tráfico se dio ya en amplia medida desde por lo menos la cuarta centuria de nuestra era. Muy en los principios, los pequeños conglomerados humanos de incipiente economía intercambiaron con sus vecinos aquellos objetos que en alguna medida tenían en sobra por otros de los que carecían; mas cuando el aumento de la población y el incremento de la producción, en estrecha relación uno con otro, dieron lugar a sociedades complejas no sólo en el ámbito económico, sino igualmente en el político, social y religioso, el intercambio también se intensificó y se extendió a más lejanos lugares.

Esto trajo consigo la especialización de ciertos componentes de la sociedad que, desligándose de la producción directa, se dedicaron casi exclusivamente al intercambio, lo cual llevó, asimismo, a una organización cada vez más elaborada de esos componentes. Sin embargo, no se puede hablar del principio que tuvieron los mercaderes como una organización perfectamente diferenciada, ya que su constitución fue dándose a medida que los diversos grupos humanos crecían y establecían entre ellos relaciones más complejas.

No obstante, a estos mercaderes especializados se les puede ver —ya en el siglo XV, como cuentan las crónicas— recorriendo el amplio territorio mesoamericano: en los confines surorientales, mercadeando por la costa con sus barcas llenas



de los más diversos productos y llevándolos después hasta la selva y las serranías; en el interior, caminando a través de montes, de cañadas, de riachuelos, bajo el sol o las lluvias, con sus fardos a cuestas, acampando de noche, cumpliendo con sus ritos.

En su discurrir abrieron rutas y establecieron puntos precisos para realizar sus operaciones. Así, los mercaderes del centro de México se dirigían en caravana hacia la costa oriental y en Xicalanco, a orillas de la laguna de Términos, se encontraban con los mercaderes mayas que a su vez arribaban allí desde el interior de la península de Yucatán o desde las costas caribeñas; hacia el sur, por el occidente, llegaban hasta los límites con Guatemala. En el espacio intermedio había pueblos y ciudades en las cuales también llevaban a cabo sus transacciones y donde habitaban núcleos de comerciantes organizados.

Aunque entre los artículos que transportaban se cuentan algunos de primera necesidad, como la sal, y otros que sólo interesaban a la gente común, lo cierto es que la mayor parte estaba constituida por materias primas o por productos elaborados destinados principalmente a satisfacer las necesidades de lujo, de prestigio y rituales del grupo de los nobles, sacerdotes y guerreros connotados: plumas de aves exóticas de vistosos colores, pieles de animales fieros, piedras preciosas, cristal de roca, ámbar, resinas, papel, algodón, colorantes vegetales y animales, cacao, yerbas aromáticas, miel de abeja, escudillas de concha de tortuga, orejeras, collares y ataderos de oro, collares de cuentas de oro, abanicos de plumas de faisán, mantas, bragueros, camisas y faldas bordadas, vasos preciosos pintados, palos labrados para revolver el cacao, bastones pintados, cajetes de oro para colocar el hueso y muchos otros más.

También llevaban consigo cargas de granos de cacao o de mantas pequeñas o de cañutos de pluma de ave rellenos de oro en polvo o de hachuelas de cobre que utilizaban en el intercambio como especie de moneda. Además, en razón de que estaban expuestos a ser atacados en el camino cuando pasaban cerca de tierras enemigas, se veían obligados a llevar armas defensivas. Todo esto, sin olvidar los bastimentos, debió necesitar de múltiples fardos y de muchos cargadores. Así, los con-



tingentes de las caravanas tuvieron que ser bastante numerosos: los propios mercaderes, viejos y jóvenes, los cargadores y todavía los hombres destinados al sacrificio y que igualmente eran objeto de intercambio.

Aquellos mercaderes de quienes se guarda información más precisa y abundante, son los que partían del centro de México, los llamados, en náhuatl, pochteca. Tenían también otras denominaciones: pochtecatlahtoque, acxoteca, oztomeca, nahualoztomeca, tealtiani, tecohuani, iaque, nenemini, según se refirieran a los mercaderes principales y dirigentes, a los que poseían más bienes, a los que iban disfrazados, a los que compraban y vendían hombres, o, más indiferenciadamente, a los que van, a los que caminan.

Los pochtecas no eran considerados gente del común, macehuales, pero aunque tampoco eran nobles ni por linaje ni por encumbramiento, ocuparon un lugar muy importante en la sociedad. Se ha dicho que quizá su peculiar situación tuviera raíces en un origen étnico diferente, pero esto, aparte de ser difícilmente comprobable por ahora, puesto que no hay elementos fehacientes para determinar tal origen, no bastaría para explicar su situación preeminente. Tal vez la diferenciación, que por su oficio fueron alcanzando, pronto se vio cobijada, protegida y estimulada por el estrato superior de la población que necesitaba de los artículos que proporcionaban lujo y prestigio y que los mercaderes traían de lejanas tierras. Esto, más que nada, fue lo que posiblemente sustentó la importancia que los pochtecas llegaron a tener en la sociedad náhuatl prehispánica.

Gozaban de ciertos privilegios semejantes a los que tenían los nobles, los pillis, y que los distinguían del común de la gente. Se conjetura, por ejemplo, que podían poseer tierras como individuos, las cuales les eran concedidas como retribución por sus servicios. Igualmente, por la misma razón, estaban autorizados a usar insignias —entre otras, bezotes de ámbar—, a vestir ropas de algodón en ciertas ocasiones solennes y a calzar sandalias. No estaban, por otro lado, obligados a ningún tipo de servicio personal.



Se consideraban a sí mismos a idéntica altura que los guerreros distinguidos por su valentía. Cuando algún mercader moría en el camino, no era enterrado, sino que preparaban su cuerpo con papeles y pintura, lo metían dentro de una angarilla y lo depositaban en lo alto de algún monte; entonces decían que no moría, sino que iba al cielo donde moraba el Sol, lugar al que iban, asimismo, los hombres que morían en guerra.

Y en verdad, los pochtecas, además de cumplir con su oficio de mercader, estaban preparados para la lucha y no sólo la defensiva a la que se veían obligados cuando eran atacados en tierras enemigas, sino que también participaban habilitados como guerreros, y aun yendo al frente como capitanes, cuando el señor de México emprendía campañas contra aquellos pueblos que precisamente habían osado atacar a los mercaderes. Una de las grandes hazañas que se les atribuye es la conquista de las provincias de Ayotla y Anáhuac. Se dice que cuando esto sucedió, en tiempos de Ahuítzotl, diversos pueblos se unieron para cercarlos en un lugar llamado Cuauhtenanco. Cuatro años estuvieron allí, se cuenta, peleando y resistiendo hasta que finalmente los pueblos se les rindieron. Sea esto del todo cierto o no, puesto que a la postre llegaron las huestes mexicanas a terminar la conquista, el hecho da idea de los mercaderes como un grupo que además de dedicarse a los tratos que eran de su incumbencia, constituían un contingente capacitado para hacer la guerra.

Por otro lado, se sabe que, por lo menos los llamados nabualoztomeca, tenían una asombrosa habilidad para hacerse pasar como naturales de las provincias que visitaban por primera vez; se disfrazaban con el atuendo propio de aquellos lugares y hablaban en la lengua que fuese necesario.

Esto nos remite a la formación que debieron haber recibido los pochtecas. Una educación que, además del conocimiento y práctica de los ritos, de las buenas costumbres, del respeto a los mayores, incluía el adiestramiento militar, el aprendizaje de otras lenguas, el manejo de la geografía y la asimilación de las costumbres de otros pueblos.

Al interior de sus congregaciones, los pochtecas tenían también ciertos comportamientos peculiares que los distinguían del pueblo común. Entre éstos cabe mencionar los convites que ofrecían en diversas ocasiones, en los que hacían gala de sus riquezas y a los que asistían los mercaderes de otros pueblos así como miembros del grupo de los nobles. También es oportuno recordar que tenían sus propios jueces y que cuando alguno delinquía no lo llevaban ante quienes estaban encargados de juzgar e imponer castigos, sino que ellos mismos juzgaban, sentenciaban y ejercitaban las penas correspondientes de acuerdo con sus propios lineamientos.

Los pochtecas veneraban a Yacatecuhli, a quien tenían como el dios patrono que los acompañaba y protegía en sus viajes, pero también hacían reverencia, sobre todo cuando partían, a Xiuhcúchli, dios del fuego. Sin embargo, la ceremonia de mayor solemnidad en la que participaban ocurría en Panquetzaliztli, fiesta en honor de Huitzilopochtli. Era la ocasión en que los mercaderes ofrecían hombres para el sacrificio, hombres que adquirían con sus bienes, a quienes sometían a un baño ritual y a quienes agasajaban de manera muy especial. Para esta festividad, que terminaba con la ingestión ritual de la carne de los sacrificados, invitaban a los mercaderes de otros pueblos y muy deferentemente a los de Tuchtepec; hacían dádivas a los guerreros principales, a los jefes de mercaderes, a los oztomecas, a los que compraban y vendían hombres y, en el transcurso de la preparación del sacrificio, llevaban a cabo varios banquetes en los que gastaban sin medida para que los convidados fueran generosamente atendidos.

Los mercaderes fueron un grupo importante, sin duda, en la sociedad náhuatl prehispánica. Los gobernantes, se dice sobre todo de Ahuítzotl, tenían a los pochtecas en mucho aprecio y los hacían objeto de obsequios y de honores, lo cual no impedía, por otro lado, que les prohibieran hacer ostentación pública de sus riquezas.

De esto que sucintamente se ha dicho de los mercaderes del mundo náhuatl y de otros aspectos más en relación con ellos, es de lo que trata este libro.



Editado por primera y única vez en 1961, contiene la versión al castellano hecha por Ángel María Garibay K., de los textos en náhuatl que se refieren a los mercaderes, insertos en los llamados Códices Matritenses y que recogió fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI.

En estos Códices Matritenses, que se llaman así por estar depositados en las bibliotecas de la Real Academia de la Historia y del Real Palacio de Madrid, se encuentra el fruto de diversas etapas de trabajo del fraile franciscano y sus informantes indígenas. Sahagún comenzó su labor de acopio de cuanto se refiriera a la antigua cultura de los nahuas desde muy tempranas fechas, pero fue hasta 1558 cuando, obedeciendo la orden de su superior de escribir en lengua mexicana todo lo que pudiera ser útil para la doctrina, dio inicio metódicamente a su trabajo de recopilación en el pueblo tetzcocano de Tepepulco. Allí duró cerca de tres años en constante trato y conversación con algunos ancianos de quienes obtuvo valiosos informes.

En 1561 Sahagún salió de esa población y se sabe que de 1563 a 1565 estuvo en Tlatelolco donde continuó, ahora con la colaboración de viejos tlatelolcas, la labor que había iniciado en Tepepulco, trabajo que duró por lo menos dos años. Lo que había obtenido en el pueblo tetzcocano aumentó considerablemente en Tlatelolco, a tal grado que los cuatro capítulos de sus primeras indagaciones se transformaron en cinco libros.

Más tarde, en 1565, fray Bernardino fue a morar al convento de México y allí, a solas con sus papeles, repasó y enmendó el voluminoso material que había llevado de Tlatelolco. Al final de esta etapa en la que además se copiaron y se pusieron en limpio los diferentes escritos, intervinieron informantes tenochcas, con cuya colaboración la voluminosa obra se corrigió y acrecentó.

Los cuantiosos textos, producto del trabajo de Sahagún y sus informantes en las diversas etapas y lugares, dicho de manera por demás resumida, constituyen los Códices Matritenses donde se encuentran, como ya se apuntó, los textos que se refieren a los pochtecas o mercaderes nahuas.

Dichas informaciones fueron recogidas en primera instancia por Sahagún durante la etapa de Tlatelolco; así se infiere de algunos párrafos dentro del texto mismo, como el que habla del principio que tuvieron los mercaderes en ese lugar, o como cuando hay referencias a otros pueblos de pochtecas incluyendo a Tenochtitlan, o de frases como:

“Y cuando ha llegado a su hogar aquí como en México Tlatelolco...” Pero la idea de que sólo de allí proceden los informantes no es del todo correcta.

Cabe aquí hacer una digresión: de las descripciones del mercado de Tlatelolco, escritas por Bernal Díaz del Castillo y por Hernán Cortés, y del hecho de que en los textos de los informantes de Sahagún se hable del principio que tuvieron los mercaderes en esa misma ciudad, se ha desprendido la idea de que fue allí no sólo donde se originaron las agrupaciones de pochtecas, sino también de que los mercaderes tlatelolcas eran los más importantes. La suposición adolece de dos defectos; en primer término los pochtecas no nacieron de la noche a la mañana; la institución del intercambio a larga distancia tiene una historia más antigua, aunque no la conocamos, y su presencia en el siglo XV como una organización compleja fue producto asimismo del desarrollo que a su vez sufrió la sociedad en todos sus aspectos. En segundo lugar, el mercado o tianquiztli del que hablan Bernal Díaz y Cortés era una institución diferente en la que poco o nada tenían que ver los pochtecas. Éstos no vendían sus artículos en el tianguis, y a lo más, se les podría identificar con aquellos personajes que se dice estaban encargados de dirimir pleitos y fijar reglas de trueque en el mercado, pero aún esto no es seguro, podría tratarse de individuos diferentes, de funcionarios del Estado.

De aquí nace igualmente el supuesto de que la información referente a los pochtecas, recogida por Sahagún, fue proporcionada sólo por indígenas tlatelolcas ya que éstos “constituían el grupo más importante de mercaderes”. Sin embargo, puesto que el fraile estuvo también en Tenochtitlan un buen número de años y puesto que allí también habían



existido mercaderes organizados, es correcto afirmar que éstos contribuyeron con sus informes tanto como los tlatelolcas.

Por otro lado, hay en los textos indicio de ello, como puede ser, por ejemplo, toda la relación que se hace de la conquista de Ayotla realizada por los mercaderes y la de su regreso a Tenochtitlan. En abundancia, el análisis interno de los manuscritos, a través del cual se pueden seguir fechas, estilos de letra y ordenamientos distintos, da también fe de que los informes sobre los pochtecas proceden tanto de fuentes tlatelolcas como tenochcas. Lo que sí parece indudable es que los informantes, tanto de uno como de otro lugar, habían pertenecido al grupo de mercaderes o eran sus descendientes inmediatos, ya que la información que dieron resultó ser de tal manera abundante y detallada que sólo pudo provenir de especialistas conocedores del asunto.

Resta hacer mención, puesto que Ángel María Garibay lo toma en cuenta, de la relación entre el texto sobre los pochtecas de los Códices Matritenses y el texto en náhuatl sobre el mismo tema del Códice Florentino.

El padre Garibay tenía una especial aversión a este último manuscrito; lo califica de malo y aun de "sumamente deficiente". Tomando sus propias palabras, "no es ni lugar ni el momento oportuno éste para dar el juicio...", sobre las virtudes o defectos del códice en cuestión, ni para describir pormenores acerca de la historia de su confección, baste decir que representa el corolario de la labor de años de fray Bernardino de Sahagún.

Los Códices Matritenses son testimonio de un arduo trabajo de recopilación, reflexión, corrección y ordenamiento, llevado a cabo meticulosamente una y otra vez por fray Bernardino. El Códice Florentino, que es un documento bilingüe donde el fraile dio su propia versión al español del texto náhuatl, es como una puesta en limpio definitiva de los materiales anteriores. Ciertamente que ella no es una fiel copia y que existen numerosas partes de los Matritenses que no pasaron al Florentino, pero igualmente tiene algunas otras que difícilmente se encontrarían en aquéllos.



En lo que toca a los textos sobre los mercaderes, las diferencias con el Códice de Florencia son muchas más de las que consigna Garibay: varias palabras, y en ocasiones frases enteras que aparecen en el texto de los Matritenses no pasaron al manuscrito del Florentino, pero también, en sentido inverso, hay partes de éste que no aparecen en los Códices de Madrid. Ya sólo esto amerita tomar en cuenta a los tres para un mejor conocimiento del tema.

Esto que se dice de las partes que conciernen a los mercaderes, puede afirmarse, como ya se señaló, de toda la obra de Sabagún y sus informantes; por lo mismo, es importante el interés en aumento que ha habido en los últimos treinta años por poner al alcance de los estudiosos y del público en general, los textos originales que recopiló el fraile franciscano.

En este sentido, puede decirse que Ángel María Garibay K. fue un pionero. No obstante que los adelantos en el conocimiento y comprensión de la lengua náhuatl puedan hacer suponer que son perfectibles las versiones que dio tanto de los textos sobre los pochtecas como de otros asuntos, se puede decir con seguridad que él entendió desde su tiempo cuán importante era dar a conocer todo lo que tan copiosamente informaron algunos indios principales a fray Bernardino de Sabagún en el siglo XVI acerca de su cultura. Este libro, oportuno dentro del auge creciente por los estudios sabaguntinos, es prueba de ello.

Motivo para congratularse es que el Instituto de Investigaciones Históricas, en el 50 aniversario de su fundación, lo ofrezca por segunda vez a la atención de todos aquellos que se interesan por la historia y la cultura antigua de nuestro país.

MARÍA JOSÉ GARCÍA QUINTANA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS